

227
La Novela Semanal

ERNESTO
DURIAT



30
cts

LA AMABA LOCAMENTE

Ceferino P. Alvecilla

G-F 15680

Inches

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Centimetres

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

TIFFEN Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue

Cyan

Green

Yellow

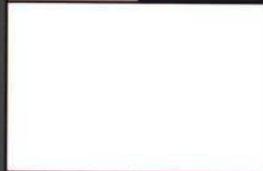
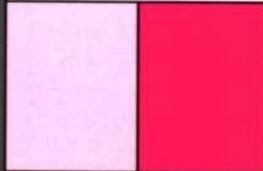
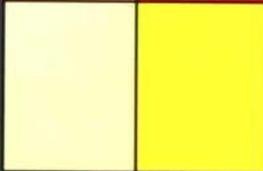
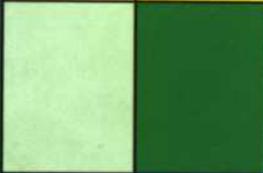
Red

Magenta

White

3/Color

Black



DGCL
A

T. 171057

LA NOVELA SEMANAL

AÑO V

14 NOVIEMBRE DE 1925

NÚM. 227

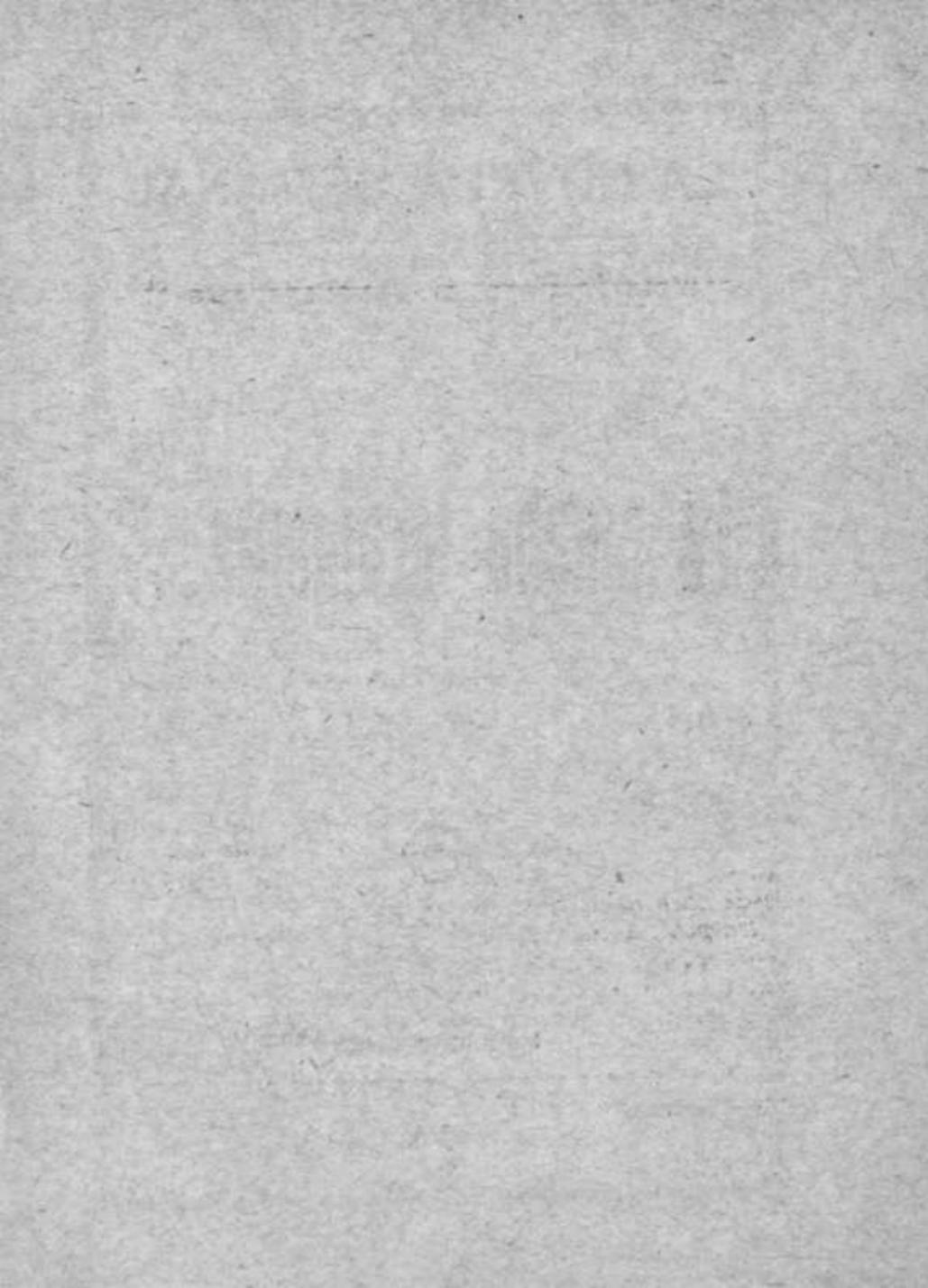
CEFERINO R. AVECILLA

La amaba locamente...

NOVELA



PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID



CEFERINO R. AVECILLA

Sus Parisinas, de La Voz, esas justas interpretaciones de la vida francesa á través de un temperamento sutil de artista, que publica frecuentemente el diario madrileño, han hecho popular esta firma al público de periódicos, á la generación ávida y turbulenta que sólo acata los nombres coetáneos suyos.

Realmente, los artículos de AVECILLA tienen, con la amenidad atrayente del estilo y del tema (seleccionado siempre con habilidad y buen gusto), la otra condición fundamental del verdadero escritor avezado á otros trabajos más profundos que el de la crónica á vuela pluma, recién brotada al choque con la actualidad inmediata.

Ceferino R. AVECILLA es novelista, dramaturgo, cuentista, crítico. Ha ejercido con capacidad y éxito estas diversas aptitudes suyas, de las que guardan muestras la Prensa ilustrada de España y América desde hace quince ó veinte años.

Empezó, como la mayoría de los escritores de la generación siguiente á las del 98, con una intransigencia estética y un desdén por el vulgar renombre. Sus trabajos de esa época, como los de sus compañeros, respondían al deseo de superación del pesimismo heredado de sus antecesores inmediatos. Se era entonces orgulloso y arbitrario, pero no escéptico en

cuestiones estéticas. Se acentuaba cierto optimismo irónico que había de cristalizar en el cambio feliz del sentido cómico español por el sentido humorístico europeo.

Avecilla fué pronto de los que se destacaron en este aspecto literario. Sin abdicar de su filiación ideológica, sin envilecer la elevada nobleza espiritual que era la característica de su estilo y de sus motivos, Avecilla creó y dirigió semanarios humorísticos ó intervino de manera activa en las tareas de redacción y confección.

Recordemos, por ejemplo, El gran Bufón, El otro mundo, y algunos otros que tuvieron positiva eficacia en distintos sectores de opinión.

Llevó á la Prensa diaria la forma ingeniosa y el fondo sentimental de su literatura. La primera época de La Tribuna dió ocasión á Avecilla de manifestar hasta qué punto había ya en él la excelentísima virtualidad de periodista que ahora La Voz recoge en la plenaria madurez del escritor.

Alejado momentáneamente del periodismo, publica novelas, estrena obras teatrales. Entre las primeras se destaca La princesa de los ojos verdes; entre las segundas, El príncipe bohemio.

Al mismo tiempo, daba á conocer obras extranjeras de merecido prestigio, en traducciones á las que, por desgracia, no suele estar acostumbrado el público español.

Al terminar la guerra europea, Avecilla fija la residencia en París. Su silueta alta y distinguida, su rostro burlón de Pierrot, á quien Arlequín no puede engañar y que conoce todas las artimañas de las Colombinas, se asoma sobre la actualidad parisiense mordiendo la eterna pipa que era popular en los cenáculos literarios de Madrid.

Y, de pronto, siente la nostalgia de las novelorías, la comezón de alternar nuevamente las miradas sobre la

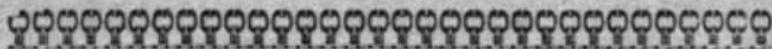
vida cotidiana, con las otras más íntimas de sus recuerdos ó de sus fantasías propias.

Así, en virtud de este laudable retorno á la literatura de imaginación, ha nacido esta novela que ahora, lector, tienes entre tus manos.

Ella dice bien cómo Avecilla debe perseverar en ese retorno, donde le aguardan positivas victorias.







La amaba locamente...

A «*Fabián Vidal*».

CONCHITA. LA DULCE CONCHITA.

CONCHITA es huérfana. Conchita es guapa.
•• Conchita tiene poco más de veinte años.
•• Conchita vive sola en un piso interior del paseo de San Vicente, como vive un jilguero en su jaula. Y no obstante su soledad y su juventud y su belleza, ha sabido conservar estos tres tesoros tan fáciles de perder, por lo mismo que son tres malos consejeros.

Conchita ha nacido en Madrid. Tiene unos pies menudos, muy bien calzados, y unas manitas lindas muy bien cuidadas. Su boca es fresca como el capullo entreabierto de una rosa de Abril. Sus dientes relucen como el agua al sol. Cuando Conchita está sofocada, se arrebola de-

lieiosamente con ese fuego peligrosísimo de los veinte años que hace brotar los piropos en la calle lo mismo que la lluvia hace nacer la hierba entre las baldosas. En los crepúsculos, los ojos de Conchita se encienden como su piel y se dilatan como los ojos de los gatos. Son unos oscuros ojos llenos de sombras y de reflejos y de irisaciones. Unos ojos madrileñísimos. A veces, entre las sombras de aquel cuartito interior parecen gusanos de luz. La nariz de Conchita es respingona y procaz y llena de gracia. Una nariz un poco absurda en el rostro de una mujer cuya vida yace bajo la ponzoña romántica.

Porque Conchita es una romántica... A despecho de su madrileñismo, y de su figura picante, y de la luz de sus ojos y de la luz de su piel, Conchita es una romántica. Una pobre romántica á la que azota constantemente una terrible melancolía. De haber nacido en los años gloriosos de *El Trovador*, se hubiera emponzoñado con vinagre para empalidecer. Ahora se limita á envenenar su espíritu, buscando la melancolía de los cipreses y el reflejo de los estanques de aguas muertas en las reconditeces de la Moncloa. De oscuras aguas inmóviles y rígidas como cadáveres. Un crepúsculo la hace llorar. Un hombre la produce un miedo horrible. Su piso interior está lleno de suspiros. Las voluptuosidades más hondas las encuentra en la acritud del mundo. Y en el goce de la amargura de

su soledad. Y en los *Padres Nuestr*os con los que cada noche, bajo la fría ropa de la cama, cubre la buena memoria de sus papás, que la dejaron, al morir, abandonada en el borde de la vida como á un recién nacido. Después de rezar, se sumerge en el sueño blandamente, muy poco á poco, con una gran dulzura. ¿A qué riberas desconocidas llevará á su espíritu la nave de aquella oración que cada noche surea el silencio de la alcoba?

LA JAULA SOBRE EL ALERO

Realmente es una jaula el piso de Conchita. Para llegar á él hay que atravesar un patio nada limpio. Un patio mudo y sordo, sobre el que abren las ventanas de los pisos exteriores. Un patio gris, en el que resuenan las pisadas como en una casa vacía. En el fondo del patio, y más allá de un portillo angosto, una escalera de caracol taladra como una barrena los senos de la casa. Sobre el tejado álzase una claraboya de cristales grises, bajo una alambrada que parece una red tendida por el diablo. Esta claraboya es como la punta de aquella barrena que perfora la casa.

Bajo esta claraboya está la habitación minúscula de la huérfana.

En la puerta de acceso no hay timbre ni campanilla para llamar. Cuando va Martínez, el habitado, tiene que hacer uso de los nudillos. Dentro, una «sala», una alcoba oscura, una cocina. La alcoba oscura recibe por un montante junto al techo la luz que absorbe del sol la claraboya de la escalera. Pero la «sala» y la cocina tienen unos ventanos deliciosos. Abren sobre un solar interior que sirve de almacén de maderas. Desde estos ventanos gozan los ojos de una vista que ensancha el corazón. Un horizonte remoto con unas montañas. Sobre las montañas, la nieve, como cabellos blancos de sus cabezas viejas. Desde las ventanas de Conchita se oye piar á los gorriones, que han colonizado una acacia vetusta que hay en el solar. La acacia abate su ramaje tristemente sobre los árboles descuartizados del almacén como temiendo la misma desventura. Desde la ventana de Conchita se oye, además, el silbido de los trenes del Norte. En las claras noches de verano, en la enorme quietud del panorama, hay encendidas luces de todos los colores. Cuando el viento agita las hojas de la acacia solitaria, hace un ruido como el de las olas del mar. Y en los meses invernales escalofrío de un modo dulce el galopar del viento sobre las tejas, y el agua de la lluvia, que toca el tambor sobre los vidrios de la claraboya y sacude la

puerta como si algún visitante llamara con los nudillos.

... Pero es terrible la soledad del cuarto de Conchita: Las paredes, blanqueadas; los huecos, sin puertas, que dan la terrible impresión de unas enormes bocas desdentadas...

Conchita tiene una cómoda, un costurero, una camilla, un sofá forrado de yute y una mecedora de madera curvada. Desde las paredes velan sobre Margarita los retratos de sus progenitores. El de su padre está de toga. Porque el padre de Conchita fué magistrado. Y Conchita vive de la pensión que la dejó su padre al morir, y de una insignificante tierra de pan llevar que posee en un remoto rincón de Palencia, que la dejó su madre. El retrato de su madre es más pequeño. Está de mantilla. Una mantilla negra y grave como la toga de su marido. Lo conserva en un marco ovalado de palo de rosa, con un gran *passe-partout* amarillento. Sobre la cómoda y á medio borrar hay otro retrato: El de un hermanito que murió á poco de hacer la primera comunión. Y aun hay otro retrato sobre la mesa de noche: El de un mozo que fué novio de Conchita. Madrileño también. Se llamaba Luis. Un nombre pícaro y armonioso como un trino. Luis era galán de malas intenciones. A ella se lo había dicho Martínez, el habilitado. Y por eso, cuando el habilitado llama con los nudillos á primeros de mes en la puerta de la es-

calera, Conchita se apresura á ocultar el retrato de Luis bajo las sábanas. Una risa...

LA PERFECTA SOLTERA

La casa de Conchita, la casa en orden, la casa clara, no es sino un reflejo del propio modo de vivir de la huérfana. Conchita es humilde como una amapola. Conchita ha heredado de sus padres, además de la pensión y de la tierra de Castilla, una extraña virtud: La modestia. La modestia es la serenidad. Es el camino más fácil para la resignación. Por eso Conchita es un poco triste. Un poco triste, como cumple á su modestia. Pero es feliz. De un modo pasivo, pero feliz. Con esa felicidad blanda que ofrece la resignación á quienes la acogen. Conchita es feliz al modo de las mujeres virtuosas y sin profundidad de corazón. He aquí una dicha que equivale á la placidez de las aguas de las lagunas.

Cuando quedó huérfana, era una mujercita ya. Tenía quince años. Un amigo de su padre se lo arregló todo. Llamábase don Manuel. Había sido procurador. Y tenía un hijo: Luis... Aquel Luis del retrato de la alcoba, que estudiaba leyes, y que fué novio de Conchita un poco de tiempo, á favor de las asiduidades de don Manuel. Pero no estaba «ni medio regular» que ella tuviese novio á los quince años. Sobre que las advertencias del

habilitado la hicieron ver el peligro de ella...
Y se lo dijo francamente á Luis:

—Yo soy una chica formal, ¿sabes? Ni tú vas á ser mi marido, ni yo quiero un novio para ir al *cine*, como las chicas que tú conoces. Conque...

Luis rió estrepitosamente. Conchita se puso muy seria. Y no se volvieron á ver. Sin embargo, Luis dejó en el corazón de Conchita unas gotas de veneno sentimental. En las noches estivales, frente al cielo estrellado de la ventana de su nido, se acuerda de Luis muchas veces. Entonces cierra los ojos, y más tarde vuelve el retrato de Luis cara á la pared.

A su casa no van más hombres que don Manuel, el procurador, y Martínez, el habilitado. Don Manuel la visita el día de la Concepción, el día de Año Nuevo, y en alguna que otra efeméride anual. Con las manos en los bolsillos de los pantalones y el vientre lleno de impertinencia, sonrío á Conchita de modo tan hondo, que asoma entre el zarzal de las barbas toda la podredumbre de su dentadura ruinosa, y se despeñan de las anchas narices los lentes dorados, cautivos de un negro cordón deshilachado. Don Manuel se despide de Conchita palmoteándola en los carrillos. Y la repite que la ha visto nacer...

El habilitado va el día primero de todos los meses. El no lleva á nadie la pensión. Pero Conchita es otra cosa. Conchita vincula el recuerdo de su padre. Aquel don Pascual Carrasco que, no obs-

tante la aspereza de su apellido, fué para Martínez un hombre providencial, cuando Martínez era alguacil. Todos los meses, Martínez se enjuga una lágrima en el rellano de la escalera de Conchita. Y todos los meses la dice, sin atreverse á tenderla la mano, porque es una actitud que le parece irrespetuosa:

—Don Pascual Carrasco me dió á ganar á mí la primera peseta. Porque me hizo alguacil, ¿sabe usted? Yo aquí, donde usted me ve, antes de ser alguacil, era una bala perdida. ¡Lo que se dice una bala perdida!

Baja la voz. Y termina:

—¡Ah, si don Pascual levantase la cabeza!

Dilata su cara estrecha, su frente enorme, su boca sin labios, que le cruza la cara como una cicatriz, hundida entre unas mandíbulas extraordinariamente flexibles. Hace una reverencia. Se pone su sombrero hongo, que reduce enormemente aquella cara altísima. Y desaparece. Sobre el crujido de las tablas de la escalera se alza el de las botas de Martínez, que es mucho más agrio.

Hasta el mes siguiente nadie pone los nudillos sobre la puerta de Conchita. He aquí los dos hombres únicos de su existencia. El que la vió nacer y el que ha conocido á su padre...

LA SERENIDAD EN EL REMANSO

Es posible que en la elaboración de la virtud de Conchita haya intervenido mucho el que sobre sus horizontes no han volado más alas que las de Luis, cuyo vuelo fué fugaz como el de una golondrina. Desde su cuna la rodean hombres de leyes como su padre y hombres ya viejos. De niña se sentaba, para alcanzar á la mesa, sobre una edición monumental de la «Historia de los Códigos Españoles». Conchita aprendió á distinguir los colores entre las pastas de piel de las «Leyes Civiles de España», que son como el arco iris de un devocionario para jurisperitos. Conchita ha hecho sus casas de muñecas con los tomos enormes del Alcubilla. Y palotes en papel de oficio. Conchita se ha atado las trenzas con balduque. Conchita pasó el sarampión arrebujaada en la bolsa de damasco rojo que era el estuche de la toga de su padre. Y la propia toga la hubo de servir para vestirse de luto cuando don Pascual pasó á la otra vida, es decir, cuando dejó de juzgar para ser juzgado.

Es posible que todo en ella influya en su se-

renidad de ahora. Una serenidad que es la misma de siempre. Porque Conchita es una mujer que no ha traspuesto la infancia.

En la mismas épocas en que don Manuel visita á Conchita, visitaba ella á los supervivientes amigos de su padre, hombres de Eseribanías y de Juzgados. Pero los buenos señores fueron quedándose viejos ó viudos y en muy poco tiempo han desaparecido. Gozan ya de la inactividad de sus jubilaciones en el rincón de sus preferencias. En el rincón que es el norte helado de todas sus vidas. Ella misma, de haberle vivido su padre unos años más, estaría ahora agostándose en el pueblecillo de Palencia, desde el que los renteros le escriben á Martínez el habilitado, que la hace este servicio como el de llevarla los duros de su pensión.

La soledad de ahora, en la que ya no tiene á nadie á quien visitar, ha metodizado definitivamente su existencia. Conchita madruga. Baja á la calle á comprar sus provisiones. Alguna vez llega hasta el mercado de los Mostenses. Pero vuelve pronto. Guisa. Barre. Ordena la casa. Se cose su ropa. Se arregla sus vestidos. Lee y contempla una magnífica colección de Catálogos que tiene. Porque Conchita colecciona Catálogos, que es un modo ingenuo de alimentar á las esperanzas... Cuida de que su gata tenga limpio el collar de paño rojo. Atiende á que el jilguero no coja demasiado frío ni demasiado sol

desde una escarpia colocada fuera, sobre el patio hondísimo. Va á la Moncloa las tardes de sol en invierno y las mañanas tibias de verano. Y cuando cada noche se deja caer en su camita estrecha y mueve los labios en el bisbiseo de aquellas oraciones, en las que lleva su corazón hasta la memoria de sus padres, se siente feliz. Feliz por buena. Feliz de un modo tibio, como si se sumergiese en un baño de agua soleada.

Y he aquí el instante que la compensa de toda su soledad y de todo su abandono. El instante en que se recobra á sí misma y no se cambia por ninguna mujer. Conchita no ignora que muchas sufren en una soledad semejante el martirio de muchos remordimientos. Entre las sábanas dejan de reír y fruncen los labios, y arrugan la frente, las que llenaron de júbilo la ciudad. Conchita, en cambio, siente en este instante el goce de la tersura de su vida. La honrada voluptuosidad de ser lo que es: Un acorde en el silencio.

CONCHITA TIENE UN IDEAL

Conchita pide a Dios todas las noches que no tuerza el curso de su existencia. A Conchita, para ser feliz, le hace falta encontrar por la vida

un compañero que se case con ella y que sea como ella: Humilde, trabajador, honesto y si puede ser buen cristiano. No la importa nada que no sea un chiquillo. A Conchita no la gustan los hombres demasiado dentro de la juventud. Deben de ser todos como Luis. Y Luis la atemoriza. No se atreve á pronunciar su nombre. Cuando la imagen de Luis cruza ante ella, entorna los ojos para ahuyentarla. Porque lo más terrible es que no está muy segura de haberle olvidado. Y el olvidar á Luis es un deber para Conchita.

En el fondo de sus esperanzas está segura de que Dios la oirá. Dios, que vela por los pajaritos del cielo, como Conchita ha oído decir en muchos sermones—porque Conchita suele ir á los sermones de regreso de la Moncloa—, no la abandonará. Pero la asusta el mañana sin saber por qué, cuando no ha llegado aún á los años de la vida, en los que empieza á pensarse en el color de los del porvenir próximo á la muerte. Las mujeres como Conchita son las que antes piensan en el porvenir, espoleadas por una intuición un poco dolorosa.

El ideal remoto de Conchita es un marido cuadrado, es decir, un marido que llene las lagunas de su vida metódica. Hay momentos en los que Conchita no sabe qué hacer: Cuando llueve y no se la ocurre ninguna ocupación con la que reemplazar el paseo. Cuando se levanta

demasiado pronto y «la viene ancho» el día. Cuando regresa de la calle y aún no es hora de cenar. Conchita cree que un marido tal que ella lo sueña ha de tener por misión el llenar de algún modo estos vacíos del tiempo en los que suelen alzarse las tentaciones.

Pero además tiene Conchita un ideal próximo: Un rosario de plata. Conchita tuvo ya uno que era de su madre. Pero lo ha perdido. No sabe ni dónde, ni cuándo, ni cómo. La pérdida de aquel rosario la amargó mucho. Y desde que lo perdió suspira por otro. Desgraciadamente, los recursos escasísimos de Conchita no alcanzan á la satisfacción de este ideal. Cuando vengan tiempos mejores lo podrá conseguir. Hasta ha escogido uno en un Catálogo. El arribo de los «tiempos mejores» es un aspecto de su fe en el mañana. Su juventud la permite esta voluptuosidad de la fe en el arribo de los «tiempos mejores» que han de ser obra de la magia ó del milagro. Conchita será feliz cuando tenga un esposo y un rosario de plata. O al revés, que es más natural...

DIOS ESCUCHA Á CONCHITA POR PRIMERA VEZ

Una tarde del mes de Septiembre; una tarde ya un poco dorada de otoño; una tarde blandi-

sima, de crepúsculo largo aún, pero teñido de color de violeta; de ese color de violeta en el que se amortaja el sol para morir cuando desde los árboles comienzan á dejar hojas doradas sobre la tierra como caen las lágrimas de moribundos que sienten el frío de la muerte.,. Una tarde así entra Conchita en la iglesia de la Virgen del Puerto, que se la ofrece como un refugio conocido. Conchita va todos los años á rezar á la Virgen del Puerto en los días de «su función». Sabe aislarse en la iglesia como una monja. Y conoce los éxtasis de los trémolos del órgano que balbucea el *Tantum Ergo* ante la solemnidad de *la Reserva*. Busca siempre el rincón más oscuro, porque la parece que inadvertida se acerca más á Dios. Todos los años aguarda temblorosa los días en los que la Virgen del Puerto recibe el culto de unas cuantas lavanderas de aquel repliegue de Madrid, casi desconocido. La ermita de la Virgen del Puerto no se parece á ninguna otra. Ni á San Antonio de la Florida, que es la más semejante. En la ermita de la Virgen del Puerto está más abandonada que en parte alguna la Madre de Dios. Huele á tomillo y á romero y á místicas rosas de Mayo en la pobreza de la capilla. Parece además que entran á rendirle un tributo á la Virgen del Puerto las aguas del río, y los temblones álamos de la ribera, y el aire y el rayo de sol.

Esta tarde, durante el culto, apenas se da Con-

chita cuenta de nada. Reza, como de costumbre; de un modo automático y alejada de sí misma. Pero terminada la novena, se vuelve á encontrar. Se pone en pie. Anda hacia la puerta, que se cierra de un modo sordo. Como la losa de un sepulero. Cuando sale de la ermita se ha acentuado el crepúsculo. Instintivamente baja la cabeza para descender un escalón. Y he aquí que entre las hierbecillas ve brillar un rosario como una serpiente blanca. Se inclina. Lo toma. Y ¡oh prodigio! Es en un todo igual al de la madre de Conchita. De plata los engarces y los adornos de los «glorias» y la cruz y el corazón que remata los Misterios. De nácar las cuentas. Conchita lo estrecha sobre su pecho. Goza la voluptuosidad de su frío bajo la presión de su mano breve. Se desborda por entre los dedos como un puñado de agua. La cruz la cosquillea bajo la manga del vestido. Brilla en el crepúsculo como si estuviese inflamado. Como los ojos de Conchita. Como sus uñas que parecen también cuentas de un rosario de nácar. Como la luna que la sonríe bajo un cielo azul, sobre el río, entre las ramas. La luna: Otra Eucaristía en la Custodia de filigrana de oro viejo que sobre el cielo azul ofrecen á la luna las hojas de los árboles.

ELOGIO DEL ROSARIO DE PLATA

Un rosario de plata era menester en el cuarto de Conchita, blanco y en orden como la celda de una monja. He aquí la noche. Conchita es feliz esta noche con su Rosario de Plata. Lo llena todo. Es la única joya que cabe en la existencia humilde y casta de Conchita. En el fondo de su corazón álzase el elogio del rosario de plata como una letanía.

¡Oh! El rosario de plata... Collar para la hora de la muerte. Toisón de los bienaventurados. Pulsera suave sobre la piel de las mujeres que saben rezar aún, porque el mundo no ha arrancado todavía este dulce tesoro de sus labios y de su corazón para sustituirle por la ponzoña de un beso y de un amorío. El rosario de plata es el último tesoro de la inocencia y el recuerdo superviviente de todos los recuerdos. Lo abandona cada mujer cuando la vence la vida. Y la muerte se lo restituye en el fin de la peregrinación por la tierra. Rosario blanco como los sueños primeros. Rosario de plata que es el

metal místico. De plata como las coronas de la Virgen. Como las campanillas del día del Corpus. Como la luna. De noche, en el silencio de la alcoba, en la obscuridad, brilla pendiente de la cabecera de la cama como brillan las azucenas. El rosario de plata parece que ha sido hecho del propio hábito impoluto de Santo Domingo. He aquí sus cuentas del mismo tornasol que las nubes y que la espuma del mar. He aquí sus adornos calados como los pendientes de una novia charra. Es español y es femenino.

• Tiene, pues, dos bellezas incomparables. Es la alhaja mística. La cadena dulce que rompen las mujeres cuando comienzan á bogar por el mundo. Pero la dulce sensación de caricia del rosario de plata entre los dedos y en torno de la muñeca no la saben olvidar. La mujer no sucumbe mientras conserva su rosario de plata. Es el rosario para rezar con sol, y para los «misterios gloriosos», y para la mantilla blanca, y para las Flores de Mayo. Un rosario que se parece mucho á un collar de perlas. Un collar de perlas!... Es lo único que cada mujer cambiaría por su rosario de plata. Y he aquí que, aun pareciéndose en ambas cosas, se contraponen. El collar de perlas empieza donde termina el rosario de plata. Porque el collar de perlas es el rosario que ofrece el demonio á las mujeres. Un rosario impuro. Un rosario para sustituir cada uno de los siete dolores de la Madre de Dios, con uno de

los Siete Pecados Capitales. El rosario con el que el demonio vence á Santo Domingo, sobre la tierra, de todas las mujeres.

SE DESVANECE LA PRIMERA FELICIDAD

Domingo. Este día siguiente al del hallazgo es domingo. Conchita quiere volver á la Virgen del Puerto para lucir su joya ante sus propios ojos. Otros domingos va á la Cara de Dios. Pero hoy va á la misa, á la única misa de la Virgen del Puerto, como en acción de gracias. Llega un poco tarde. No se puede determinar á extender el rosario desde su puño ni á hacerle que suene como un sordo cascabel. Hay mucha gente. Quién sabe si está allí la dueña del rosario. Esta posibilidad despierta en Conchita por primera vez el temor de que acaso no es lícito su modo de adquirir aquel rosario. No está segura. Cuando la misa termina apresúrase á salir como si huyese. Pero tira de ella la curiosidad y se detiene un punto ante el cartel de la Función Religiosa. Junto á este cartel hay medio pliego de papel de barbas, pegado al muro con obleas. Ante este cartel dilátanse los ojos de Conchita. Su boca se contrae como si fuese á llorar. Ha leído lo que dice el medio pliego de

papel de barbas. Es espantoso... Conchita lee de nuevo: «Se ruega á la persona que haya encontrado ayer en esta iglesia un Rosario de plata que lo devuelva en la Sacristía. Se le agradecerá.» Ante aquella muda conminación, Conchita ni vacila un instante. Entra en la iglesia de nuevo. Deslumbrada por el sol de domingo que ha herido sus ojos al salir de misa, ve á través de la sombra de la iglesia con mucha dificultad. Un monaguillo, que recoge los reclinatorios, habla en voz alta irreverentemente con otro monaguillo que apaga los cirios. Cuando Conchita entra en la Sacristía, el cura acaba de colocar sus ornamentos en un cómoda enorme, de madera oscura, barrigona y brillante como un viejo sano. Conchita no se atreve apenas á acercarse al cura. Aquel sacrificio que va á hacer es el título mejor de su pureza. El cura, sonriente, se la aproxima con las manos en los bolsillos de la sotana, calado el solideo, brillantes las gafas de oro sobre la cabalgadura de una nariz que brilla como toda su cara y como toda su ropa. El crujido de los zapatos del cura le recuerda á Conchita los de Martínez en la escalera de su casa. Próximo á Conchita, dobla el cuello hacia un lado como si todo él quisiera retorcerse en una interrogación.

—¿Qué desea usted, hija mía?—dice el cura de un modo suave, pero rotundo.

Conchita no responde. Extiende la mano ha-

cia el cura y le ofrece el Rosario de plata. El cura extrae entonces las manos de los bolsillos del manteo. Alarga el cuello mientras se afianza los lentes sobre la nariz. Toma el Rosario después. Lo levanta en alto. Dobla la cintura como si fuese á mirarlo al trasluz. Y dice á Conchita:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Pues acaba de marcharse su dueño. ¿Es usted misma quien lo ha encontrado?

—Yo misma, padre..

—Con permiso.

Va el cura muy ligero hacia la puerta de la Sacristía. Llama á gritos á un monaguillo, que corre hacia el cura atropellándolo todo. Se lo entrega. Y le dice, tirándole de los pelos del cogote con la seguridad de una costumbre:

—¡Anda, «Sabanilla»! Llévaselo á mi sobrino, que acaba de salir. Y dile que se lo debe á una buena cristiana!..

Gira sobre los talones. Se afianza otra vez los lentes. Se frota las manos. Conchita sospecha que este es un modo de despedir á las «buenas cristianas». Sonríe á su vez. Se estira el velo hacia los ojos y hacia la frente. Da al cura unos dulces «buenos días». Y vuelve á cruzar las sombras de la iglesia.

EL BUEN CRISTIANO

Ha regresado Conchita á las realidades. Va camino del Paseo de San Vicente, muy satisfecha de su resolución. Si después de leer aquel anuncio se hubiese quedado con el rosario de plata, ¿cómo dormir tranquila? Pero ahora se endulza con el agradecimiento que la recompensa. De ese agradecimiento está bien segura. Es el mismo que ella hubiese brindado á quien le hubiera devuelto el rosario de su madre.

Va hacia su casita bajo la dulce voluptuosidad de esta mañana de domingo de Septiembre, dulce y jugosa como un melocotón. Son las doce. Mediodía. El instante de todos los optimismos. La hora de la madurez. El sol se abre en lo más alto del cielo como una gran rosa de oro. Y he aquí que mirando hacia el sol, Conchita siente que la tocan un brazo con mucha dulzura.

Extrañadísima, vuelve la cabeza. Ante sus ojos hay un hombre. Un hombre joven, un poco fatigado, de correr sin duda, un hombre que se quita el sombrero y que la dice:

—Perdone usted... Ya sé que usted no me co-

noce. Para que usted no se asuste me voy a permitir presentarme á usted. Yo soy... Yo me llamo Jacinto Rueda. El sobrino del cura de la Virgen del Puerto. ¿Me comprende usted?

Se calla un punto para tomar aliento. Conchita sonríe. Como en la Sacristía, se arregla un poco el velo. Y responde:

—¡Ah! Sí... ¿Entonces es usted?...

—Ese—continúa aquel hombre, un poco más tranquilo—. Sí, señorita. El del rosario.

—¡Ya!...—termina ella, como si suspirara. No se le ocurre otra cosa. Mira un instante á aquel hombre, que se parece muy poco á los demás hombres. Es rubio. Tiene los ojos demasiado abiertos. Y la barba demasiado cerrada. Lleva una chaqueta particularísima. Las mangas le ocultan los puños. El cuello le cubre el de la camisa. Los hombros le bajan hasta el antebrazo. Aquel traje es, sin duda, ridículo. Pero es un traje de muy buena persona. El chalcoo sufre la misma flacidez. Parece que le cuelga sobre el vientre. Y deja ver la camisa por un gran escote. Es el único sitio donde se muestra. Nada de puños. Muy poco de cuello. Aquellos hombros dan á las espaldas un extraño aspecto triangular.

Sonríe Conchita á la extraña aparición, que continúa:

—Pero por mí no se detenga usted. Mi condición de sobrino de cura me permite ofrecerse á acompañarla del modo más limpio. Además,

por este Paseo de la Virgen del Puerto no es prudente que vaya usted sola.

La amargura de su soledad se alza ante Conchita; pero no la entristece. Responde, eso sí:

—Yo voy sola á todas partes. Ya ve usted... Voy sola por la vida...

El recién llegado arruga la frente. Y dice á su vez:

—Si usted no quiere que yo la acompañe...

—Pues ya lo creo que sí. ¿Vamos?

—Vamos.

Echan á andar. El se pone el sombrero, que hasta ahora agitó accionando con él. Se sitúa tan lejos de Conchita que tiene que alzar la voz un poco para hacerse oír. Saca el Rosario de uno de sus bolsillos. Brilla el sol, y se tiñe de verde bajo la luz tamizada por las hojas de los árboles que aún sobreviven. Y dice, sin levantar los ojos hacia los de Conchita:

—Se lo ofrecería á usted con mucho gusto. Pero este rosario ha sido de mi madre, ¿sabe usted?

PRIMAVERA EN OTOÑO

Durante todos los días de la novena va Conchita al templo humilde.

Y cada tarde el sobrino del cura se ofrece á acompañarla. Es atrayente aquel hombre. Y, debe de ser buenísimo. Un hombre malo no es posible que se vista de aquel modo, ni que use barba, que es una cosa que ensombrece la juventud.

Invariablemente, al pasar ante la fachada de la Estación del Norte, Jacinto saca su reloj, y sonríe satisfecho al comprobar su exactitud. He aquí un detalle mínimo al que da Conchita una gran importancia. Jacinto Rueda (no había olvidado Conchita aquel nombre y aquel apellido) debe de ser un hombre muy puntual. Como su propio reloj. Los muchachos de ahora no usan reloj, ó usan reloj de pulsera, que es un buen pretexto para no llegar en punto á ninguna parte.

Conchita ha notado, además, en el sobrino del cura una mayor coquetería que en la mañana de su primer encuentro. Desde el día siguiente asoman los puños de la camisa bajo la inenarrable bocamanga de su chaqueta gris. Se le ve menos la pechera. En cambio, se le ve el cuello más. Por instinto sabe Conchita que el hombre que quiere serle grato á una mujer cuida de la camisa especialmente. Aunque la mujer sea tan insignificante como ella, y la camisa pasada de moda, como la de Jacinto.

En efecto, la última tarde de la novena está Jacinto hondamenteme lancólico. Y ella también. Sale de la Virgen del Puerto aquella tarde más

triste que nunca. En su pos se cerrará la puerta de la ermita hasta el año siguiente. El acompañamiento cotidiano de Jacinto llegó á constituir en la pobre muchacha una necesidad. Por lo mismo que vive tan sola, se habituó á aquel primer amigo de su existencia de un modo rapidísimo. Su conversación—una ceremoniosa conversación plana y gris—está incorporada ya á las costumbres de Conchita. El renunciar á ella significa el regreso á la soledad de todas las tardes. Una soledad que por vez primera va á parecerla un poco dolorosa.

A él sin duda que le pasa igual. Esta última tarde andan más despacio que nunca bajo las acacias del camino. Hablan poco. Jacinto no se acuerda de su reloj al pasar por la estación del Norte. Todo eran cosas nuevas aquella tarde. Repentinamente, el sobrino del cura se retira aún más de la huérfana. Se quita el sombrero. Se pasa la mano por la frente. Sus ojos relucen en el crepúsculo como los ojos de un gato. A ella le parecen más hondos y más grandes que nunca... Y dice al fin, un poco inseguro y muy descolorido:

—Conchita... Se acabó la novena. ¿Y ahora?...

Conchita siente que se incendian las mejillas como el cielo de aquel crepúsculo. Baja los ojos. Tiemblan levemente sus labios. Y dice á su vez:

—Ahora...

Jacinto no la deja acabar. Como si su boca

tomase la palabra desprendida de la boca de ella, continúa:

—Ahora, ¿le parece á usted que nos sigamos viendo, Conchita? ¿Quiere usted que la diga la verdad? ¿No va usted á enfadarse?

—A mí la verdad no me enfada nunca, Jacinto.

—Pues la verdad es que me he enamorado de usted. Y que sería feliz casándome con usted. ¿A usted le parece que yo puedo ser su marido?

Conchita no contesta. De sus labios se escapa, á despecho suyo, sólo un nombre.

—¡Jacinto!...

Y añade:

—¿Por qué me pregunta usted eso?

Reanudan la marcha. Jacinto suspira románticamente. Conchita siente la necesidad de cerrar los ojos. La alucinan los de aquel hombre, que sobre la barba y bajo las cejas tienen una temerosa fascinación.

Desde lo último del camino avanza una nube de viento galopando sobre el polvo. Repentinamente los envuelve como si los quisiera unir. Sobre sus cabezas gira un ruidoso torbellino de hojas doradas. Con los ojos cerrados siente Conchita la impresión de que la ha metido un gigante dentro de un cascabel. El viento arrastra las hojas con un ruido como el del mar. También Jacinto cierra los ojos. Entre las hojas secas se abre encendida una flor.

DIOS ESCUCHA Á CONCHITA POR SEGUNDA VEZ

... Es decir, que el último día de la novena; no sólo no es un final, sino que es un principio. La pobre Conchita se sumerge en unas realidades dulcificadas. Comienza á ascender sobre el horizonte de su existencia la felicidad como un gran sol dorado. Y siente la ventura inefable de saber que va á ser feliz porque supo ser buena.

Todas las noches, en el silencio de su alcoba; eleva el corazón á Dios para darle gracias. Sin duda que desde el otro mundo cuidan de Conchita sus padres y la conducen á la felicidad. Una noche la pareció que la sonreían desde la pared los dos retratos. En cuanto al de Luis, hubo de sumergirle definitivamente en el fondo de la cómoda, bajo la grata pesadumbre de la ropa blanca, junto á unas pastillas de jabón y unos catálogos. Romperle no le quiso romper, porque ni la avergonzaba ni la remordía, ni era justo tratarle mal. Después de todo, Luis era un hijo de don Manuel. Y de don Manuel sólo había recibido Conchita atenciones y testimo-

nios de un gran afecto. Y don Manuel fué el amigo del padre de Conchita. Con que...

El cuartito interior se le antoja más blanco. El cielo, que abre su fondo más allá de las vidrieras de las ventanas, le parece más azul. La acacia vieja del solar es, en cambio, en aquel otoño más triste que ningún otoño. Hubiera querido Conchita no verla deshojarse aquel año, ni ennegrecerse para dormir como alejada del mundo hasta la primavera. Hay, además, en las costumbres de la huérfana alguna transformación definitiva. Por ejemplo, desde que tiene novio canta al despertarse como los pájaros. Más aún. Abre un frasco de agua de Colonia que ha adquirido por *vales* en la tienda, lo mismo que el despertador y que un juego de café de porcelana que tiene sobre la cómoda. Y por las tardes, cuando para ir á encontrarse con su novio deja el cuarto, que da brineos de puro reluciente, se echa unas gotas en el vestido. Poquísimas, eso sí. Para que dure lo más posible. Y de esta manera perfuma el recuerdo de Jacinto. El agua de Colonia trae ante los ojos de Conchita una imagen de su novio, como si también la guardase con el frasco, bajo la tapa del baúl.

Otra costumbre nueva en Conchita es la de *taconear*. Hasta entonces anduvo en su casa con unas zapatillas demasiado serias, que la permitieron deslizarse sin ruido, como en la vida. Pero desde que tiene novio no se quita los zapatos al

regresar de la primera salida mañanera. El repique de los tacones sobre las baldosas produce en Conchita un júbilo extraño. Algunas veces se la tuerce un tobillo de puro ligera. El tropezón asusta al gato negro, mejor avenido con las zapatillas que con aquel estrépito, que le hace echar hacia atrás las orejas, dilatar los ojos y perder la tranquilidad. En cambio, le gusta el agua de Colonia como á la propia Conchita. Una vez se encontró al pobre animal apoyado en dos patas sobre el frente del baúl. Olfateándolo con toda clase de precauciones. Y un poco triste. Como si adivinase el misterio del agua de Colonia. Como si supiese que en el corazón de su dueña, que antes compartía con un pájaro nada más, le queda muy poco sitio.

OTOÑO EN PRIMAVERA

Desde la tarde siguiente á aquella última de la novena, en la que germinaron los amores de Conchita, se cita con su novio en la Plaza de España. Cuando llega, ya Jacinto la aguarda rígido y sereno, como quien cumple un deber. La tiende la mano, descubriéndose. Se coloca á

su lado. Echan á andar hacia el Paseo de Rosales...

Pasan inadvertidos. Su compostura es un alto ejemplo para todos los enamorados. Ofrecen una sensación nupcial muy respetable. El vestido obscuro y el velo claro de Conchita entonan muy bien con el traje gris, un poco grande, de Jacinto, y su hongo, un poco pequeño.

Nunca hubo de permitirse el galán la insinuación más leve, pero á lo largo de aquellas tardes se acentúan las coincidencias de sus temperamentos. Esas coincidencias, sobre las que dos vidas pueden tejer una sola felicidad.

La circunspección de Jacinto corresponde á la compostura de Conchita. El uno y la otra gustan de andar despacio; otra coincidencia feliz que es también un poco de felicidad. Conchita es una mujer de su casa y Jacinto es un hombre de su oficina. Está preparándose para unas oposiciones á Registros. Es, pues, abogado, naturalmente, profesión metódica para hombres de orden, mancillada actualmente por una generación de hijos de familia burguesa muy poco escrupulosos, á quienes se debe el menosprecio en el que yace la Justicia.

Una tarde supo Jacinto que el papá de su novia fué magistrado. Y se abrió aún más la puerta de su dicha. Jacinto es un admirador de la Magistratura. Si se ha decidido por los Registros es

porque ve en ellos un gran porvenir. Pero, ¡Ah, la Magistratura!...

—Y en cuanto yo sea Registrador—dice sentado junto á su novia en un banco de piedra, frente al panorama melancólico del Paseo de Rosales, en el que cada madrileño ha vivido un madrigal—, en cuanto yo sea Registrador, nos casaremos.

Conchita baja los ojos. Siente en los párpados la humedad tibia de unas lágrimas inexplicables. Allá, por el fondo de la Florida, cruza un tren bajo una enorme serpiente de humo blanco. A Conchita la parece que la arrastra hacia Dios sabe qué rincón, camino de la dicha.

... Hablan muy poco más. Por el mismo Rosales descienden á San Antonio, cruzando el paso á nivel. Cuando en dirección á la casa de Conchita, cruzan ante la estación del Norte. tampoco saca Jacinto su reloj. Y es que también Jacinto estaba emocionado. Hondamente emocionado. Emocionado hasta el punto de permitir, en su reloj, al tiempo las libertades de los grandes días de emoción. Es decir, que no le puso en hora.

EL BUEN CABALLERO

En el fondo duda Conchita algunas veces de que aquello sea la dicha. Pero su instinto de la

honradez la fuerza á rechazar esta duda, como hubiese rechazado una tentación. ¡Pues claro que aquello es la dicha! ¿Qué otra cosa puede ser para una muchachita buena que un marido serio y buen cristiano? El que sea Registrador equivaldrá á reintegrarse á la familia muerta. A la familia que hubo de vivir de la Ley. El mismo papel de oficio que la sirvió de niña para hacer sus palotes, iba á servirla de casada para hacer sus cuentas, como á su madre la había servido para rizarse el pelo todas las noches.

Una tarde...

Conchita y Jacinto pasean por San Antonio de la Florida, como todas las tardes. El otoño ya vence á Octubre. Hace un poco de frío. Y he aquí que el cielo se cubre de nubarrones grises, y que el campo se obscurece como si la noche se obstinara en abatir al sol antes de la hora de su muerte. Galopa sobre la tierra un viento lleno de armonías que alza torbellinos de polvo y sacude los árboles dormidos, como si los quisiera despertar. Luego llueve... Una lluvia implacable. Una lluvia llena de crueldad. Látigos de agua que azotan la tierra con el gran estrépito de su flagelación. Conchita echa á correr. Jacinto la sigue. Alzase el cuello de su absurda americana gris. Atraviesan heroicamente la plazuela de la ermita de San Antonio. Y pueden refugiarse en el quicio estrecho del portón. Sacúdense las ropas. Miran al cielo. Conchita se río

bajo un escalofrío. Ese escalofrío de voluptuosidad que hace temblar la carne en el campo, bajo la punzada de la lluvia fría. Un deseo acudió á la novia. Y dijo un poco trémula:

—Hoy hace tarde de *cine*...

Jacinto, situado en el rincón opuesto al del refugio de Conchita, deja caer sobre su novia una mirada de asombro. Tiene los ojos más desorbitados que nunca. Se ha quedado inmóvil, con el pañuelo en una mano y en la otra mano el sombrero.

—¿De *cine*? ¿Has dicho de *cine*? Pero ¿tú sabes lo que es el *cine*, desventurada?

Conchita le mira. Teme haber dicho una inconveniencia grave. No sabe qué responder. Jacinto se pone el sombrero, guarda el pañuelo en un bolsillo del pantalón y vuelve á hablar. Su barba devuelve á la tierra la lluvia gota á gota.

—En el *cine* acecha la ruina á los hombres y á las mujeres. No hay nada tan peligroso como las sombras para la honestidad. Las sombras son el reino del diablo. Por eso el diablo tiene sus redes en el *cine*. Está en su reino. Ni tú ni yo iremos nunca al *cine* mientras seamos novios. Casados ya es otra cosa. Una mujer casada puede ir con su marido á casi todas partes. Hasta al *cine*. Pero de novios no iremos jamás. Es mejor huir las tentaciones que vencerlas. Mucho mejor, Conchita.

La admiración con que mira á su novio crece

en aquel instante. Si todos los hombres fueran como él, habría en el mundo menos dolor. Pero los demás gustan de ir en busca del diablo, en vez de huirle. Conchita calla, absorta. Su espíritu cruza á través de las cerradas puertas de San Antonio. Con el pensamiento cayó de rodillas ante el santo. Y elevó su corazón al cielo para dar gracias á Dios y á San Antonio, su siervo más sentimental.

LAS INQUIETUDES DE LA POBRE CONCHITA

He aquí que á la misma puerta de su casa toma á la huérfana un terrible escalofrío. Y se horroriza ante el presentimiento de una enfermedad. Conchita no ha estado mala nunca. Pero el fantasma, el pavoroso fantasma de los días sin salud entre sus cuatro paredes, demasiado tristes, la aterroriza. Jacinto sabe ver algo extraño en su novia. Se lo dice. Conchita no le niega que se encuentra mal, que tiene mucho miedo... Su novio la toma el pulso. Realmente no sabe de pulsos, ni de temperaturas. El no sabe más que Derecho civil... Pero nota que á Conchita le arden las manos.

Jacinto frunce el entrecejo. Después se le hu-

medecen los ojos. Luego mira á su novia con una tal fijeza que la hace sentir en las pupilas la presión de aquella mirada. En el silencio se oye demasiado la respiración de Conchita. Al fin Jacinto se resuelve á hablar.

—Escucha, Conchita... Una muchacha decente como tú no es posible que reciba en su casa á su novio, aunque este novio sea una persona formal como yo. Pero voy á hablar con la portera. Que te asista. Que te cuide. Se la da «lo suyo» y en paz. ¿Quieres que avise á don Manuel? ¡Pues aviso á don Manuel! ¿Te parece que debe venir el habilitado? Pues también puedo avisar al habilitado. La cuestión es que te acompañen, que te sirvan y que te cures. Para esto lo más preciso es que no avises á ningún médico. Un médico puede matarte. O peor todavía... Un médico puede meterte en una casa de salud. Y tú no sabes lo que es una casa de salud. Antes de ir á una casa de salud, ¡muérete, Conchita!

Y á Jacinto se le dilatan los ojos aun más. Y en su entrecejo aparecen unas hondas arrugas verticales, como cicatrices viejas. Se agitan sus labios en un temblor de fiebre semejante á un parpadeo. Conchita ve á su novio de una manera nueva, de una manera que la asusta. Otro escalofrío la hace temblar. La duelen las sienes. Y las articulaciones. Y la cintura. Tiene prisa por sentirse entre el blanco capullo de sus sábanas. No la es grato hablar.

Por primera vez la acompaña Jacinto hasta la portería. Ante la puerta vidriera del cuchitril dice á Conchita:

—Tú sube. Yo te escribiré mañana. Y todos los días hasta que te pongas buena. Esta mujer me enterará.

Conchita emprende la penosa ascensión á través de las sombras de la escalera, que la parecen más oscuras que todas las tardes. Jacinto desaparece en la portería.

Ante la puerta de su cuarto saca el llavín. Abre. Entra. Está mareada. Sin desnudarse se tiende sobre el lecho. Hunde la cabeza entre los almohadones. La acomete una inquietud terrible, un desasosiego doloroso. Arden sus mejillas. Tiene helados los pies. Rompe á llorar, porque un ahogo extraño la sube del pecho á la garganta. Y en el silencio obscuro de su alcoba se repite:

—Pero ¡este hombre!... Pero ¿qué hombre es éste?...

El gato negro se aproxima á la cama como de puntillas. Acerca el hocico con toda precaución. Y huele á su ama, golpeándola los pies con las narices..

EL PASADO IMPERIOSO

A primera hora de la mañana entra la portera en el cuarto de Conchita. Se sirve para ello del llavín de un vecino. Conchita sabe de este modo que todas las cerraduras de los cuartos interiores son iguales. He aquí que la portera descubre así un secreto fundamental, cuya custodia le está encomendada. Pero es que «ese señorito que tiene cara de loco» le ha encargado que cuide de ella. Y por anticipado hubo de entregarla diez duros para tal menester.

La portera, limpia, barriguda y suspicaz, coloca sobre la mesa de noche de la huérfana una jarra de leche. Barre. La «pone» un cocido para que tenga caldo. Y luego la dice, sentada á los pies del lecho y con las manos cruzadas bajo el delantal.

— ¡Arreglao! Y que no hago esto por los diez duros, ¿sabe usted? Lo hago porque todos nos conocemos, y cada una es cada una, y á una la gusta que en la casa vivan gentes de bien como usted, mejorando lo presente. Y si una no sirve

para hacer «lo suyo» cuando hay que hacerlo; ¿para qué va á servir una? Conque á ponerse buena y á mandar. Yo voy á «echar un ojo» á la portería. Y usted á no levantarse hasta que esté buena, que aquí estoy yo.

Echa al gato, que dormita á los pies de Conchita.

—Y no deje usted al gato subirse á la cama, que los gatos la lamen á una, y á lo mejor traen la erisipela.

Se pone en pie. Se marcha. Conchita oye alejarse los pasos sordos. Luego que abre la puerta. Luego que cruza unas palabras con alguien. Con alguien cuya voz le es familiar á Conchita. Sin saber por qué tiembla bajo las sábanas. Instintivamente se cubre hasta la nariz. Los ojos parece que flotan sobre el embozo. Suena un portazo. Y una voz familiar que dice desde el quicio desnudo de la puerta de aquella alcoba obscura:

—¿Se puede?

Conchita abre los ojos cuanto puede. Ante ella, Luis, el hijo de don Manuel, sonrío. Pero sonrío de un modo nuevo. Sonrío sin júbilo. Hay un velo triste sobre su boca y sobre sus ojos.

—Pero... ¡tú!—dice Conchita ante la presencia inesperada del novio viejo.

Luis avanza. Nada más que un paso. Y responde á la pregunta de Conchita, que es una repriminación:

—Yo, Conchita, yo... Pero no te asustes... Es que anoche fué un señor á casa preguntando por mi padre. Le recibí yo. Me dijo que es tu novio; que tú habías caído en cama enferma. ¡Iba asustadísimo!... Que como vives sola, que él no te puede visitar. Y que como sabe que eres para mi padre como otra hija, se lo iba á decir para que no te abandonásemos. Me dió lástima. Parecía un loco...

Hubo un gran silencio. Conchita dijo después:

—¿Y por qué has venido tú?

—Yo... He venido yo, Conchita... Porque mi padre está muy mal. Me ha dicho el médico que... Me ha dicho que...

En la garganta de Luis estalló un gran sollozo. Precipitóse junto á Conchita, como si buscara refugio en ella. Cayó de hinojos junto al lecho. Tropezaron sus manos con las de la enferma.

—¡Se me muere, Conchital ¡Se me muere!...

LA LOCURA AGITA SUS CASCABELES

Se va Luis. Conchita se siente mejor. La ahoga, no obstante, un sollozo que no puede traspasar la garganta. La pena de aquel pobre Luis,

entre la agonía de su padre y las alarmas que en él hubo Jacinto de despertar, son un conjuro para los tardíos remordimientos de la huérfana. Luis no es malo ni pícaro, como á ella le pareció. Porque, á pesar de todo, acude en su auxilio cuando cree que ella le necesita. ¡Y en qué momentos, Virgen Santa! En unos momentos en los que al regresar á su casa puede encontrarse con la muerte.

Conchita ya está buena. Aquello no fué sino un pcco de frío. O un poco de humedad. Nada. El pobre don Manuel sí que es cosa perdida. Esta imaginación la conturba, la inquieta, la arrastra hacia la calle. Se resuelve al fin.

—Mi sitio—rezonga como rezonga un gato—. Mi sitio está en la cabecera de don Manuel. ¿No ha venido Luis á verme porque supo que estaba mala? Pues ¡entonces!...

Se lava. Se peina. Se viste. Todo muy aprisa. Por primera vez, desde que tiene uso de razón, deja la casa en desorden. Un instante la asalta la sospecha terrible de si va por el pobre don Manuel ó porque la nueva revelación de Luis tira de su corazón. No. No. Conchita es incapaz de cosa semejante. ¡Incapaz!...

Cuando se dispone á salir á la calle siente que llaman á la puerta con los nudillos. La portera, seguramente... Abre. Y el asombro la paraliza. No es la portera. Es un cura. ¿Dónde ha visto ella la cara de aquel cura?

El cura avanza dulcemente. Se quita la toja. Sonríe á Conchita. La tiende la mano.

—Usted es la señorita Concha Carrasco, ¿verdad?

—Yo... Yo soy.

—Pues yo soy el tío de Jacinto. El cura de la Virgen del Puerto... Ya nos hemos hablado otra vez... Cuando Jacinto perdió el rosario de su pobre madre.

—¡Ah!... Entre usted... ¡Pues ya lo creo!...

Conduce Conchita al cura hasta «la sala». Le ofrece una silla. Ella se sienta en frente. El cura se afianza las gafas. Extiende la mano con los dedos juntos como si fuese á bendecir á la huérfana. Y dice:

—Es una cosa triste lo que tengo que decir á usted. Una cosa muy triste... Usted ha sido novia de mi sobrino, seguramente en la creencia de que mi sobrino es un muchacho normal. Y no es un muchacho normal, señorita.

Los ojos de la huérfana se dilatan hasta el espanto. La voz se ahoga en su garganta como en el sollozo de antes. El cura prosigue:

—No es un muchacho normal. Cuando usted le conoció acababa de salir... Acababa de salir de una casa de salud. Porque es que no está en su juicio, ¿me comprende usted? Su locura es tranquila, pero por desgracia incurable. Y hoy... Hoy ha sido necesario volverle á llevar á la casa de salud...

Conchita deja caer la cabeza sobre las palmas de las manos, y rompe á llorar. El cura se pone en pie. Blandamente acaricia la cabeza de la pobre muchacha. Deja pasar un silencio piadoso. Y luego dice:

—¿Pero usted no había notado nada?

—¡Oh! ¡No! ¡No!—dice Conchita, incorporándose—. Nada. Al revés. Me ha respetado como ya no respetan los hombres á las mujeres. No tocó nunca de mí más que las puntas de los dedos. El *cine* le parecía cosa indigna de nosotros. Y en esta casa no puso los pies jamás. Y piense usted que yo soy huérfana, y nadie más que Dios puede emplazarme. ¡Me amaba locamente, señor cura!

—¡Pero usted no se hace cargo, pobre niña—repuso el cura con toda solemnidad—, que todas esas cosas son de un hombre que no está en su juicio!...

—¿Eso? ¿El respeto á la mujer que va á ser su mujer? ¿El no tocarla al pelo de la ropa? ¿El velar por ella?

—Eso. Todo eso. Para que un muchacho quiera así, tiene que estar loco como mi pobre sobrino. Figúrese usted, hija mía, que ayer dijo á su padre que se quería casar con usted porque estaba usted muy mala. Pero ¿á qué persona se le puede ocurrir casarse con una enferma?

Y acabó:

—Afortunadamente, usted goza de muy buena

salud. Mi pobre sobrino, en cambio, caerá en el manicomio en los brazos de la muerte, su única esposa. Y es posible que hasta entonces siga pensando en usted el pobre loco. Tranquilidad, hija, tranquilidad. Y viva usted feliz. Y vaya á mi iglesia alguna vez, que yo sé que es usted muy buena cristiana...

SE DESVANECE LA SEGUNDA FELICIDAD

Cierra Conchita la puerta sobre la sombra del cura. Por un instante la parece que el mundo se na desplomado sobre sus hombros. En un momento ha sufrido la revelación de toda la realidad. El mundo es otro de como ella le ve. Levanta su mano á la altura de la frente. Baja la cabeza. Se apoya en el muro, blanca. No tiene fuerzas para andar. La habitación la parece más fría y más solitaria que nunca. Siente la sensación de hallarse muy lejos del mundo y de todos los hombres, como si estuviese perdida en un país desconocido y hostil. Adivina en las sombras de un rincón la luz de los ojos frenéticos de Jacinto, entre los negros cabellos de su cabeza y la barba madura de su rostro. Se siente anonadada por aquel día tan mojado de llanto. Su existencia se ha ennegrecido con una tempestad. Boga sobre

unas aguas obscuras que quieren abatir su bajel. Boga sin norte, perdida en el primer combate contra el mundo. ¿Qué va á ser de ella? ¿Qué va á ser de ella?...

Siente un ruido nuevo en la puerta del piso. Mira. Por las baldosas han deslizado un papel. Es una carta. Trabajosamente se la aproxima. La toma. Viene por el correo interior. Es de Jacinto... Es de Jacinto... Los ojos de la huérfana se enturbian de lágrimas. Los ojos y el sobre pierden los contornos borrados por el llanto. Conchita acaba de tomar una resolución heroica. Y no abre la carta. ¿Para qué? El loco que la escribe es para ella un hombre desconocido. Quiere conservar de sus amores el recuerdo dulce que se guarda de un sueño amable. Ante la realidad de aquella locura es preferible volver la cabeza. Seguir creyendo que ha sido feliz cuerdamente. Que el hombre que la amaba como un loco no tuvo de loco más de lo que tienen todos los enamorados del mundo.

Rompe la carta en pedazos muy pequeños. Los arroja al patio, en el que duerme la vieja acacia desnuda. El jilguero saluda á Conchita desde su prisión. Pía dulcemente, sin el júbilo primaveral. El viento frío toma de los dedos de Conchita los pedazos de papel, y los hace girar locamente sobre los tejados. Como giraban aquellas hojas secas, en las tardes de su otoño sentimental, en San Antonio de la Florida.

EL RUMBO NUEVO

Se tranquiliza. Se resuelve. Su sitio está junto al lecho de don Manuel. Abre la cómoda. Sobre las ropas en orden yace el retrato de Luis. Lo saca. Lo eleva otra vez sobre la mesilla de la alcoba. Ahora ya sabe que Luis es la razón serena. El novio al que la empuja su destino. ¿Bueno? ¿Malo? Dios lo sabe. Luis es la destrucción de su soledad. La risa. La risa á que tienen derecho sus veinte años. La risa que volverá á florecer sobre sus lágrimas de ahora. El olvido para cubrir los dolores de entrambos. El novio que hace locuras porque no está loco como los novios cuerdos. ¡Qué crueldad, Santísima Virgen, dormir en el amor para despertarse en la locura!

Conchita sacude la cabeza. Abre las ventanas. Vierte sobre su pecho todo el frasco de agua de colonia. Y deja en libertad al último recuerdo. Saca el pájaro al sol. Se mira las uñas, que, en estos días últimos, ha descuidado un poco. Se yergue como una paloma. Acaba de calzarse sus zapatitos, con los que repiquetea las pisadas

con más resolución que nunca. Y echa á andar, firme, sin vestigios de llanto, de retorno á su madrileñismo joven. Se hunde en la escalera de caracol. Cruza el portal. Sonríe á la portera que «se alegra mucho de verla ya bien», y que la dice que el cartero la ha subido una carta. En la calle recibe un rayo de sol, que coloca sobre los ojos de la huérfana la sombra de su velo. Una sombra que la ennegrece los ojos con una lírica voluptuosidad.

A casa de don Manuel. Es decir, hacia la muerte y acaso hacia la vida. Sus amores pueden renacer en los umbrales del gran dolor. Es posible que al morir el pobre viejo echen á volar dos corazones. El de Luis. El de Conchita... Nada despierta el amor como la amargura común. Bien haya el sepulcro en cuyo borde nace un amor.

¡Salve, oh, Muerte! Como Dios, principio y fin de todas las cosas.

Fin

LA SEMANA PRÓXIMA

El padre enlutado

NOVELA

DE

R. CANSINOS ASSENS

Precio: **30** CÉNTIMOS

el ejemplar en toda España

1911

SIN DOLOR NI MOLESTIA ALGUNA
USTED MISMO CURARÁ SU
BLENORRAGIA EN 10 Ó 15 DÍAS CON

"SALUX"
ANTIBLENORRÁGICO

No irrita, no mancha, no huele
Ptas. 8 frasco en farmacias y droguerías

ELANUZ

ELEGANCIAS

LA GRAN REVISTA DE MODAS ES IN-
DISPENSABLE A TODA MUJER "CHIC"

TRES PESETAS EL EJEMPLAR

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

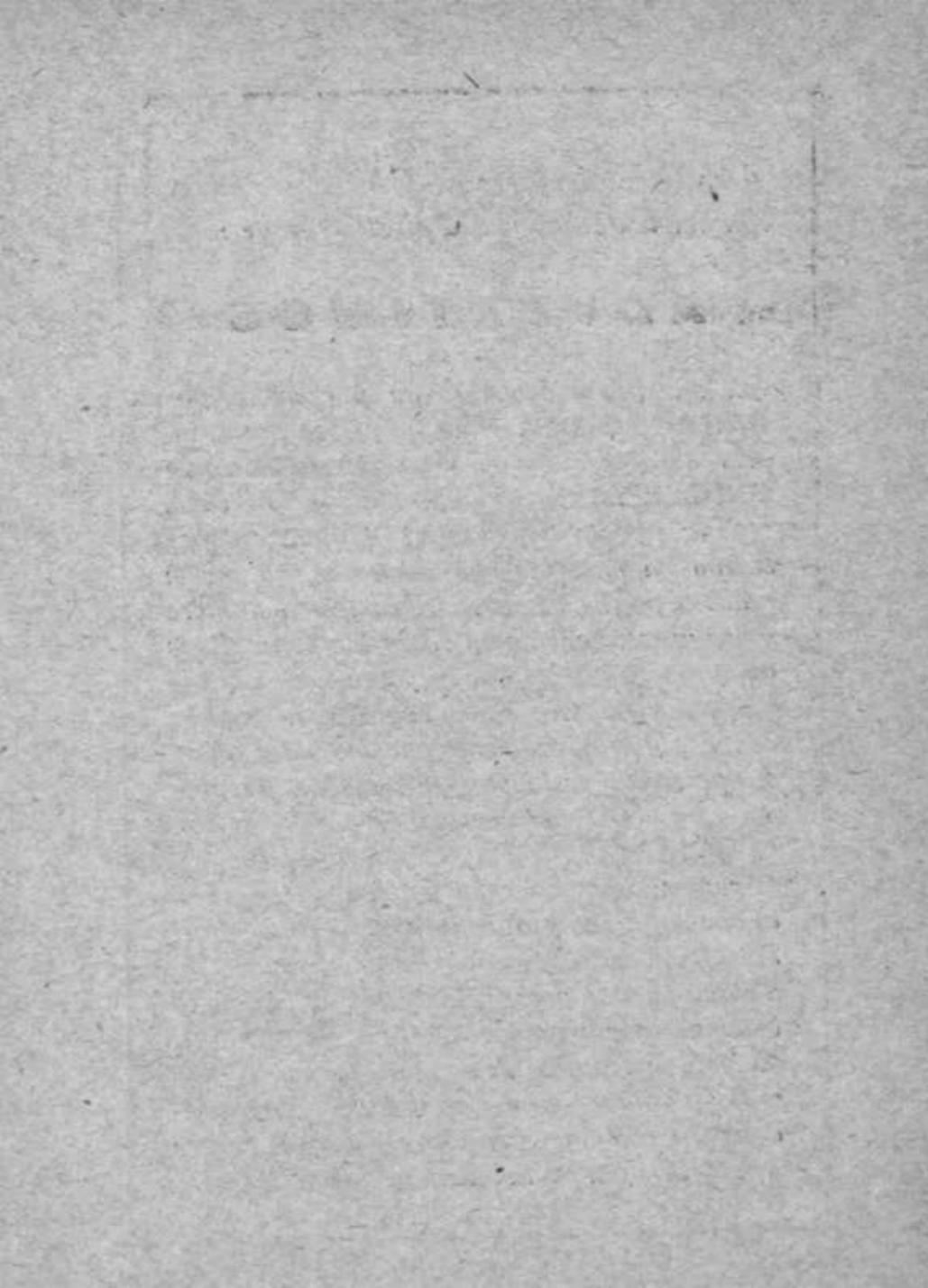
Revista deportiva

*A nuestros lectores de Centro América,
América del Sur y al público en general*

ADVERTIMOS

*Que un individuo que se da á conocer por **GERARDO DEL RÍO**, y que se titula, indebida y abusivamente, **Agente de Prensa Gráfica**, no tiene representación de clase alguna de esta Empresa ni ninguna colaboración en nuestras publicaciones; no puede realizar pagos ni cobros en nuestro nombre y por nuestra cuenta, ni adquirir compromisos de ningún género. Sólo le conocemos por las preguntas que nos hacen sobre ó en relación con él y por los informes que nos piden diversas personas residentes en aquellas Repúblicas americanas.*

Ponemos sobre aviso al público en general, al que rogamos y agradeceremos todo informe y antecedente que sobre el mencionado individuo puedan proporcionarnos, así como la denuncia que hagan del mismo á las autoridades, por tratarse de un impostor que utiliza nuestro nombre y nuestro crédito, atribuyéndose carácter y facultades de que carece para sorprender la buena fe de los demás.



UNA VERDADERA BIBLIOTECA DE NOVELAS ADMIRABLES

Desde el 25 de Junio de 1921, en que apareció el primer número de LA NOVELA SEMANAL, ha ido publicando esta revista una serie de novelas admirables. Basta examinar el índice de títulos y autores para comprender cómo esta colección magnífica reúne los más importantes de la producción de tan difícil género literario y cómo los lectores que quieran poseer con poco gasto una selección novelesca de primer orden, habrán de elegir entre nuestra interesantísima serie de narraciones españolas y extranjeras. A continuación damos una lista de las obras publicadas hasta la fecha, clasificándolas por orden alfabético de autores y haciendo constar el número de orden correspondiente. Cada ejemplar de LA NOVELA SEMANAL, sea de la fecha que fuere, puede ser adquirido al precio de treinta céntimos el número corriente y cincuenta céntimos el número extraordinario, solicitándolos directamente en nuestra administración.

AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

- FRANCISCO ACEBAL.—*Penumbra* (núm. 152).
GABRIEL ALOMAR.—*El sorbo del heroísmo* (91).
«ANDRENIO».—*El talismán de Napoleón* (47).
LUIS ANTÓN DEL OLMET.—*La diablesa* (20), *El noventa y ocho* (54), *El nido del Amor y de la Muerte* (86).
JOAQUÍN BELDA.—*Un viaje en el «Metro»* (7), *122-228 de Jordán* (37) *En el pasillo* (60).
RUFINO BLANCO-FOMBONA.—*Crispulo y su enamorada* (151).
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—*Puerta de sol* (1).
EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN.—*Maria ó la hija de otro jornalero* (35).
LUIS BELLO.—*Historia cómica de un pez chico* (21).
TOMÁS BORRÁS.—*La doncella de la risa y el llanto* (13), *La mujer de sal* (45), *Trasmundo* (115).
MANUEL BUENO.—*El mártir* (111), *Historia breve de un breve amor* (134), *La ciudad del milagro* (159), *Frente á frente* (184).
CARMEN DE BURGOS «COLOMBINE».—*El artículo 438* (15), *El extranjero* (94), *El anhelo* (106), *La melena de la discordia* (193).
«EL CABALLERO AUDAZ».—*La venganza del recuerdo* (2), *La paz del camino* (30), *El héroe de la Legión* (extraordinario), *Los celos viven* (147).
FRANCISCO CAMBA.—*Mími Magdalena* (156).

- RAFAEL CANSINOS-ASSENS.**—*La novia escamoteada* (24), *El último trofeo* (74), *Ancilla Domini* (110), *La prenda del amor* (166).
- LUIS CÁNOVAS.**—*El fiscal* (73).
- E. CARRASQUILLA MALLARINO.**—*La Virgen salvaje* (53).
- EMILIO CARRERE.**—*La conversión de Florestán* (6), *La mala pasión* (34), *Las inquietudes de Blanca Emeria* (67), *La última noche del capitán Martín Avila* (79), *Jerónimo Expósito* (133), *Rata de hotel* (160), *La estela de Don Juan* (178), *El sacrificio* (extraordinario), *La dolora del burlador* (extraordinario).
- SOFÍA CASANOVA.**—*Princesa rusa* (55), *Kola, el bandido* (101).
- VICENTE CASANOVA.**—*La toga del reo* (104).
- CLARÍN.**—*Pipá* (194).
- CRISTÓBAL DE CASTRO.**—*Mujeres solas* (11), *La hija de Cronicell* (41), *Cú-Cú* (84), *Otelo y su mono* (127), *La gacela negra* (154), *Los emboscados* (180), *Jandra y el cosaco* (extraordinario).
- ANTONIO CASERO.**—*La chica de la Arganzuela* (23), *A orillas del Manzanares* (37).
- ENRIQUE CONTRERAS Y CAMARGO.**—*Culpa en la sombra* (62).
- AUGUSTO D'HALMAR.**—*Mi otro yo* (157).
- GUILLERMO DÍAZ-CANEJA.**—*El romántico de aldea* (46), *No me quieras tanto* (102), *El cinico encumbrado* (112), *Celos mal reprimidos* (136).
- VICENTE DÍEZ DE TEJADA.**—*Roto el encanto* (22), *La manzana podrida* (65), *Los comedores de agraz* (83).
- EUGENIO D'ORS.**—*El sueño es vida* (52).
- CONCHA ESPINA.**—*Cumbres al sol* (28), *El secreto de un disfraz* (145), *El príncipe del cantar* (extraordinario).
- LUIS FERNÁNDEZ ARDAVIN.**—*La honrada casa de los Crespo* (107).
- WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ.**—*Aire de muerto* (9), *La familia Gomar* (51).
- JUAN FERRAGUT.**—*El desquite del alma* (32), *La piel maldita* (137), *La misma sangre* (extraordinario).
- JOSÉ FRANCÉS.**—*La sirvienta* (5), *La voluntad de los otros* (44), *Detrás de la Cruz* (76), *La extraña pareja* (99), *La cadena* (113), *Piedra en torrente* (135), *Rostros en la sombra* (164), *El demonio secreto* (195), *El admirador* (extraordinario).
- MANUEL GÁLVEZ.**—*Pequeña sinfonía en blanco y negro* (171).
- FEDERICO GARCÍA SANCHEZ.**—*Prólogo y epílogo* (105), *Más secretos de Venecia* (187).
- E. GUTIÉRREZ GAMERO.**—*El loro mudo* (98).
- ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.**—*El Evangelio del Amor* (83).
- GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA.**—*De lejos* (88).
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.**—*La otra raza* (123).
- ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.**—*El fado del Paço d'Arcos* (33), *Españolitas de Lisboa* (100), *La juerga triste* (126).
- ALBERTO GHIRALDO.**—*La infancia del apóstol Salvadorito* (175).
- ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.**—*El drama de la señorita Occidente* (12), *El gigante* (53), *Bajo la luz* (95), *El sembrador de sal* (120), *Girasol* (149), *Piedras preciosas* (174).
- ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.**—*El café de camareras* (4), *El pobre fenómeno* (50), *La argolla* (80), *En hombros y por la puerta grande* (158), *La sangre del hijo* (176), *Bajo el sol enemigo* (extraordinario), *Leción de cosas* (extraordinario).

- ALBERTO INSÚA.—*La hiel* (8), *La mujer y la muñeca* (49).
- ALEJANDRO LARRUBIERA.—*El hechizo de la jarandula* (77), *El espejo en tinieblas* (121), *En la noche milagrosa* (191).
- MANUEL F. LASSO DE LA VEGA.—*El hermano* (85).
- ANTONIO DE LEZAMA.—*Los cadáveres de Alcántara* (extraordinario).
- RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—*La monja de cera* (13), *La duquesa Ofría* (48), *La suprema ley* (64), *Flores del dancing* (172).
- JUAN J. LORENTE.—*La mascota rubia* (87), *La musa de juego* (117), *Corazón aventurero* (132).
- MANUEL LINARES RIVAS.—*El hombre que lo sabía todo* (19).
- ANTONIO G. DE LINARES.—*La modelo de Eva Sonemberg* (58).
- EDUARDO MARQUINA.—*El alma de Sixto* (17), *La casa cerrada* (69), *Un niño malo* (122), *La flecha perdida* (extraordinario).
- GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—*Cada uno y su vida* (130).
- AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—*Luz de ocazo* (27), *Expiación* (75), *La señora de Ancedo* (97), *No era él* (125).
- PEDRO MATA.—*Lo que está de Dios* (36).
- CARLOS MICÓ.—*Lupo, sargento* (extraordinario).
- GABRIEL MIRÓ.—*Señorita y zor* (143).
- ROBERTO MOLINA.—*Las mismas palabras* (56).
- FERNANDO MORA.—*Los hijos no son una propiedad* (82).
- CARLOS MARÍA OCANTOS.—*La viuda* (100).
- JOSÉ ORTEGA MUNILLA.—*La niña de México* (16).
- JOSÉ ORTIZ DE PINEDO.—*Rosarito* (70).
- ARMANDO PALACIO VALDÉS.—*El saladero* (109).
- RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—*Cuarto menguante* (14), *El ombligo del mundo* (42).
- JUAN PÉREZ ZÚRIGA.—*La viuda de Ferrin* (21).
- EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.—*Las noches del trópico* (89), *Un año de amor* (124), *Anda que te anda* (168).
- ALVARO RETANA.—*El escapulario* (40).
- CEFERINO RODRÍGUEZ AVECILLA.—*Margot quiere ser honrada* (68).
- JOAQUÍN ROMERO MARCHÉN.—*Vidas rotas* (103).
- MARIO ROSO DE LUNA.—*En suspensión de pagos* (181).
- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—*Las pupilas acusadoras* (118), *Final de drama* (131), *El amor en transatlántico* (162).
- DIEGO SAN JOSÉ.—*La espada del Duque de Alba* (25), *De capellán a guerrillero* (78), *Buena boda* (93), *El diablo a las puertas del cielo* (108), *El pájaro suelto* (130), *El azotado* (192).
- FELIPE SASSONE.—*Ladrón de vida y de amor* (10), *23 encarnado, impar y pasa* (71).
- ANTONIO DE TRUEBA.—*El Judas de la casa* (188).
- ALBERTO VALERO MARTÍN.—*La novia del estudiante* (39), *Rosa María* (61), *La amante del presidiario* (92), *Por el amor de una enferma* (116), *Los bebedores de sangre* (128).
- RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.—*La rosa de papel y La cabeza del Bautista* (141), *Cartel de feria* (183).
- ALFONSO VIDAL Y PLANAS.—*La camisa fatal* (96).
- SANTIAGO VINARDÉLL.—*El mártir* (90).
- EDUARDO ZAMACOIS.—*Memorias de un vagón de ferrocarril* (3), *Una buena acción* (26), *Horas locas* (extraordinario), *El marido no quiere* (81), *Sobre el mar* (119).

- ANTONIO ZOZAYA.—*Miopita* (31), *Los instintos* (extraordinario) *Madrín* (114), *Los amores muertos* (170).
 HUGO WAST.—*Sangre en el umbral* (165).

AUTORES EXTRANJEROS

- NORBERTO DE ARAUJO (portugués).—*El loco de las estampas* (150).
 GILBERTO BECCARI.—*Iberá* (185).
 ANTONIO BELTRAMELLI.—*El alma de la casona* (161).
 RENÉ BIZET.—*Una vez en un hotel...* (163).
 LUIGI CALLARI.—*Villa lontana* (173).
 JACQUES CAZZOTTE.—*El diablo enamorado* (129).
 SOUSA COSTA.—*Cómo se hace un ladrón* (155).
 MAX DAIRHAUX.—*La extraña pasión* (148).
 GRAZIA DELEDDA.—*El novio desaparecido* (146).
 CHARLES DERENNES y AIMÉ GRAFFIGNE.—*Un hombre de pocas palabras* (169).
 WILLY DENCKER.—*El confidente* (177).
 CHARLES GENIAUX.—*Mansión de eternidad* (155).
 MÁXIMO GORKI.—*La vieja Iterguil* (138).
 ROCHA MARTINS.—*El glorioso abuelo* (144).
 FRANCIS DE MIOMANDRE.—*El hijo pródigo y su padre* (142).
 ROBERTO PALMAROCHI.—*Buena gente* (179).
 GASTON PICARD.—*El encargado de equipajes* (189).
 MARIO PUCCINI.—*Herrumbre* (extraordinario).
 AGUILINO RIBEIRO.—*El hombre que mató al diablo* (167).

Todos los originales que publica LA NOVELA SEMANAL son rigurosamente inéditos y escritos expresamente para esta revista, excepto los pertenecientes a la serie *Los maestros de la novela española en el siglo XIX*, que, como su título indica, son escrupulosas reediciones de obras de autores ya fallecidos.

Las traducciones de novelas extranjeras se encomiendan á ilustres escritores españoles de merecido prestigio como novelistas.

Cada novela va precedida de un completo estudio biográfico-crítico ó de opiniones de insignes escritores acerca del autor, que contribuyen á divulgar su personalidad.

Las cubiertas á todo color y las ilustraciones de la serie *Los maestros del siglo XIX*, son originales de los ilustres dibujantes Bartolozzi, Mauchón, Bujados, Ribas, Baldrich, Sancho, Benet, Igual Ruiz, Sáez de Tejada, Escribá, Durias, Ramos, Martín Durbán, etc., etc.

En LA NOVELA SEMANAL se dará cuenta de todo libro recién publicado y del cual se remitan dos ejemplares á la Dirección.

LA NOVELA SEMANAL se publica los sábados, y se vende en toda España al precio de TREINTA CENTIMOS ejemplar.

LA NOVELA SEMANAL es la primera revista de su género que ha incorporado al grupo de sus colaboradores españoles la importante colaboración de los novelistas hispanoamericanos.

Prensa Gráfica

SOCIEDAD ANÓNIMA

EDITORA

DE

La Novela Semanal

Mundo Gráfico

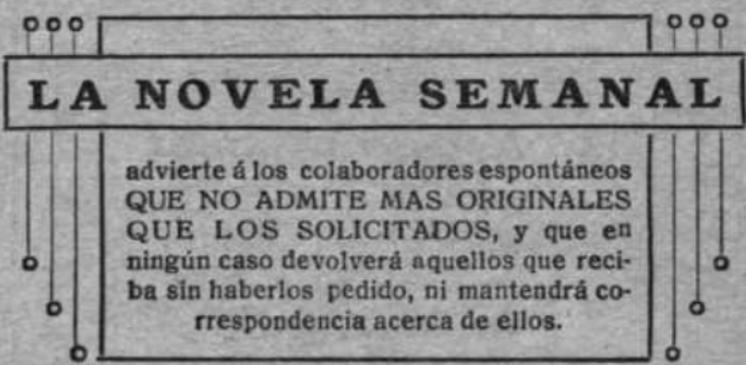
Nuevo Mundo

Elegancias

Aire Libre

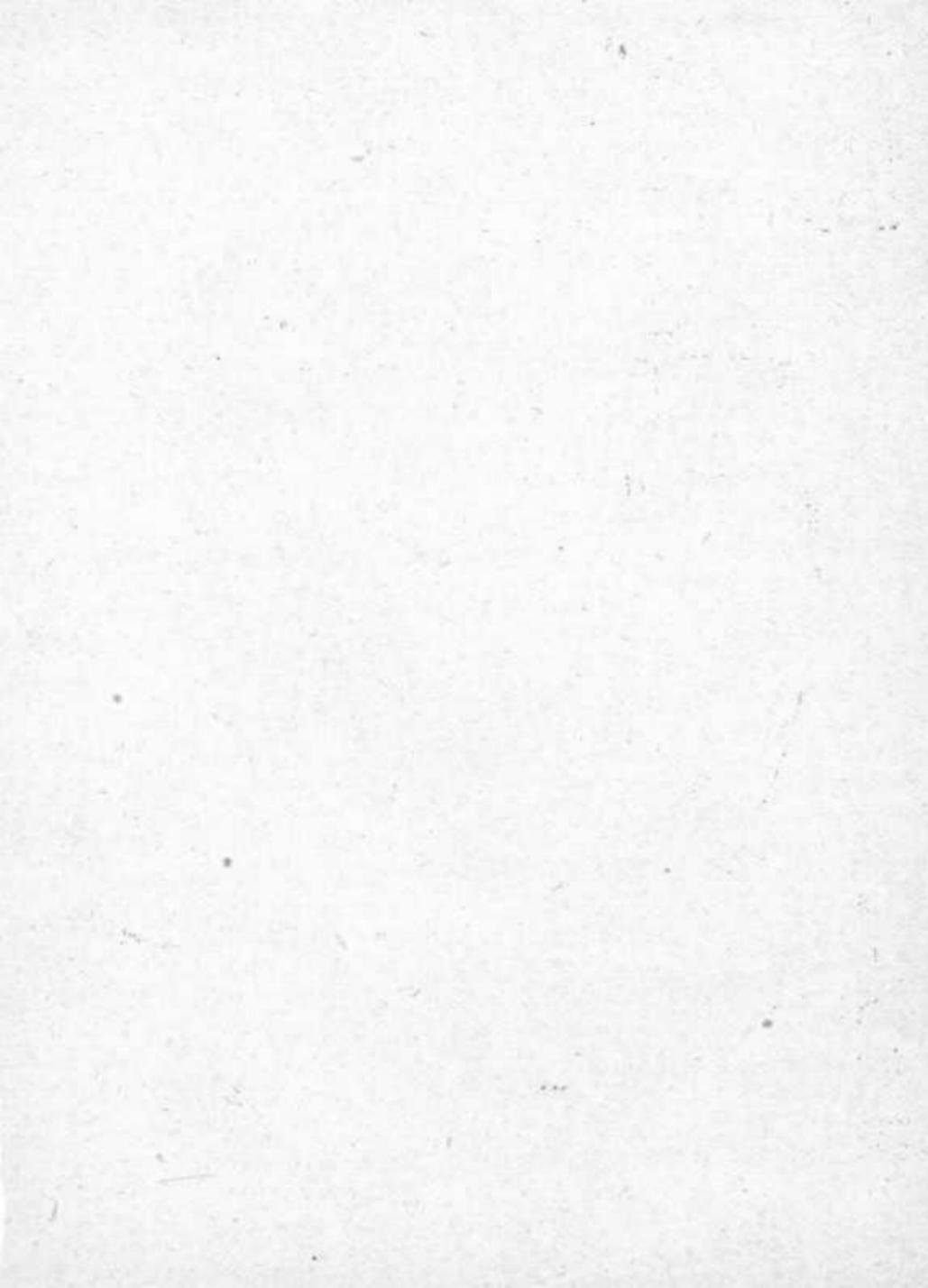
La Esfera

57, Hermosilla, 57 - MADRID



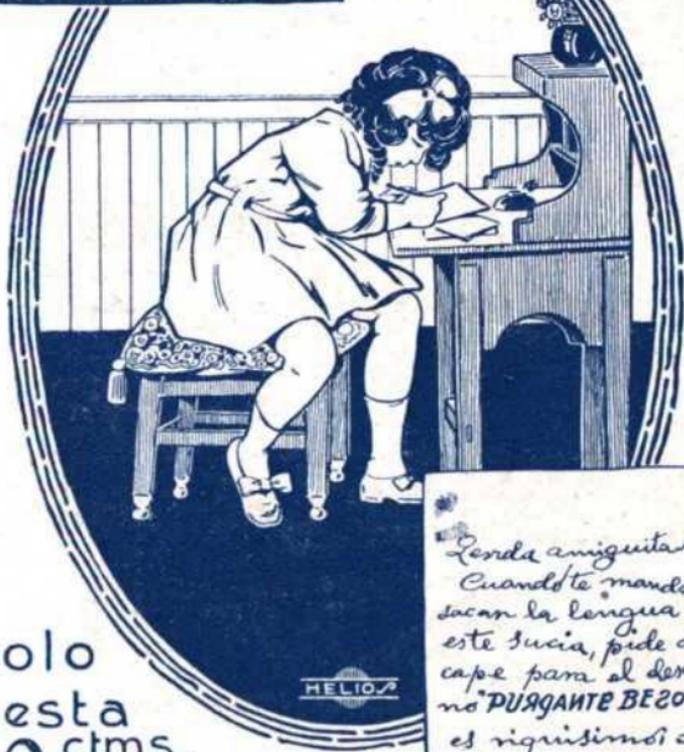
LA NOVELA SEMANAL

advierte á los colaboradores espontáneos
QUE NO ADMITE MAS ORIGINALES
QUE LOS SOLICITADOS, y que en
ningún caso devolverá aquellos que reci-
ba sin haberlos pedido, ni mantendrá co-
rrespondencia acerca de ellos.



Purgante BEZOY

El más suave
rápido y
eficaz.



Solo
cuesta
30 ctms.

pero vale un dineral

Premiado con Medalla de oro, LA MAS ALTA
RECOMPENSA, en la 1ª Exposición de Medicina

é Higiene de Madrid

Querida amiguita Koni
Cuando te manden
sacar la lengua ¡
este sucia, pide a el
cape para al desallu.
no "PURGANTE BEZOY"
es riquisimo sa-
re a gloria.

Solita